

# EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo  
DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

---

Año I.

Sábado 27 Enero 1906.

Núm. 4.

---

## Catequística.

---

PREGUNTA: *¿Sois cristiano?*

RESPUESTA: *Sí, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.*

Paréceme á mí que antes de esta pregunta debería estar la otra que sigue en el catecismo de Ripalda, á lo menos para su explicación. Pues no se puede en buena regla explicar si alguno es ó no cristiano, sin saber antes lo que se entiende por cristiano. Sin embargo, no nos atrevemos á invertir el orden, consagrado por una aceptación del pueblo tan común y tan duradera, como es la que existe á favor de tal libro.

No podemos dudar que somos hombres; que tenemos cuerpo y alma, sentidos y potencias; pues tales cosas son naturales en nosotros. Por eso sería impropio, y hasta grandemente ofensiva á nuestra dignidad humana, la pregunta que á cualquier atrevido se le ocurriera hacernos de «Si éramos hombres; si teníamos alma y cuerpo, potencias y sentidos».

Pero ya no estaría fuera de su lugar la pregunta que tuviera por fin enterarse de nuestro nombre y apellidos, del lugar en que nacimos, y de la nación y sociedades á que perteneciéramos. Pues, siendo estas cosas hijas unas, al parecer, de la casualidad, otras de nuestra propia elección, y todas accidentales respecto del hombre, y pudiendo ser, á la vez, como de hecho son, desconocidas de muchos, nada de extraño tiene que por estas cosas se nos interrogue.

No siendo, pues, la cualidad de cristiano propia de la natura-



leza del hombre, aunque sí esté con ella muy en armonía, puesto muy en razón está que los que tengan derecho á ello pregunten á los demás si son ó no *cristianos*. Mas, así como, á veces, preguntamos á otros, especialmente á los niños, cosas que ya de sobra conocemos; y, por tanto, se las preguntamos, no porque nos ilustren con la respuesta, sino bien para solaz y diversión, bien para cerciorarnos de si ellos las saben; así también se hace, ordinariamente, esta pregunta en los catecismos y por los que á su enseñanza se dedican sobre la cualidad ó distintivo de *cristianos*.

Los padres, los párrocos y los maestros de los niños hartos saben que éstos son cristianos, y, no obstante, les hacen esta pregunta: ¿Sois cristiano? Cuya pregunta en estos casos no tiene otro objeto que cerciorarse el que la hace de si el niño, ó el educando, en general, sabe darse cuenta de la hermosa y por todos conceptos noble cualidad de cristiano; si sabe ó no que pertenece á la religión cristiana.

En este sentido se le pregunta, y el preguntado, si en realidad es cristiano, y sabe que lo es, debe responder y responde: Sí, soy cristiano, y lo soy por la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

Mas ¡oh dolor! esa pregunta que á los niños cristianos se hace en sentido catequístico, á una inmensa mayoría de los hombres habría que hacérsela en sentido formal. ¡Hay tantos, por desgracia, que no son cristianos! ¡tantos que viven en las tinieblas de la infidelidad! ¡tantos que pertenecen á las falsas religiones! ¡tantos apartados de Dios y que no tienen la dicha de conocerlo! ¡tantos, en una palabra, que se condenan, por no ser cristianos! Esos infelices, cuando sean interrogados por la naturaleza de su religión, veránse obligados á responder, los unos: Somos Judíos; los otros: Somos Mahometanos; los otros: Somos Gentiles. Pero ninguno puede responder que es Cristiano. Es decir; que todos ellos están viviendo en medio de religiones falsas; pues no hay más verdadera religión que el Cristianismo. Todos ellos viven sin verdadera fe; todos profesan errores trascendentales respecto de Dios y de los deberes que para con Él tenemos; todos viven en un estado de inmensa desgracia, y todos, absolutamente todos, se condenan, si no entran en el seno del Cristianismo. Cuando se considera que en tan lamentable estado vive la mayoría del género humano; cuando se medita que de mil millones que próximamente son los hombres que existen ahora sobre la tierra, sólo dos-



cientos millones y pico son cristianos, se llena el corazón de pena y las lágrimas no pueden contenerse. Pero, para mayor pesadumbre, tenemos aun que lamentar lo que hacen muchos padres en el seno de la Cristiandad, tenemos que dolernos de que viven como paganos, y que no quieren bautizar á sus hijos. ¡Desgraciados! A los tales hay todavía que añadir los que reniegan del nombre y cualidad de cristianos, y, ó se pasan á otra religión, ó viven sin ninguna; por cuya causa ha sido menester poner en los Códigos civiles la pregunta de si son ó no cristianos, para la realización de ciertos actos, como el del juramento y el del matrimonio. ¡Qué vergüenza!

—

¿Sois cristiano? Sí lo soy. Es decir: soy socio de la sociedad en la cual todos los que entran llevan este mismo nombre. Soy un individuo que, en materia de religión, vivo dentro de la sociedad en la cual se profesa la religión cristiana. Soy un creyente que estoy firmemente persuadido de que la religión cristiana es la única verdadera: que esta religión se profesa en la Iglesia Católica, Apostólica, Romana; y que por eso creo cuanto ella cree y enseña; obedezco todo lo que ella manda, y estoy segurísimo que por ese camino marchó derechamente á la consecución de mi verdadero y último fin, que es la bienaventuranza eterna, en la cual veré á Dios cara á cara y seré completamente dichoso.

Creo que la Iglesia Católica es una sociedad fundada por el mismo Jesucristo, y creo que es divina su santa religión, porque me lo dice la fe, y sé que la fe no me engaña, porque es la palabra de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos. Para creerlo así tengo motivos poderosísimos y sobremanera indestructibles, como son los milagros y profecías, que son el sello imperecedero y evidente de la obra de Dios.

Yo sé que en la Iglesia Católica, que es la esposa de Jesucristo y nuestra espiritual madre, hay medios abundantes de hacernos miembros vivos de una vida sobrenatural y divina, en la cual somos hermanos de Jesucristo, hijos adoptivos de Dios y herederos del cielo, para el cual fuimos criados.

Yo sé que esa sociedad tan santa, tan hermosa, tan majestuosa, tan caritativa y tan perfecta, es obra del Hijo de Dios, que hecho hombre se llamó y se llama Jesucristo; y que por ser Cristo su autor es por lo que se llama cristiana; así como por eso también se llaman cristianos los que á ella pertenecen.



Yo sé, por último, que el santo sacramento del Bautismo es la única puerta para entrar en la Iglesia de Jesucristo; y que el Bautismo es el distintivo que separa á los cristianos de los que no lo son; á los creyentes de los no creyentes; á los fieles de los infieles.

Todo esto quiero decir cuando respondo y confieso que soy cristiano.

Por eso el cristiano que sabe lo que dice cuando le preguntan por su religión, se ve obligado á responder, á la par, que, si es cristiano, lo es por *la gracia de Nuestro Señor Jesucristo*.

Gracia, en efecto, y gracia de un valor inapreciable, es el ser cristiano. Entendemos aquí por gracia un don ó beneficio sobrenatural recibido de la mano de Dios. En tal sentido no cabe dudar de que el ser cristiano es una gracia, pero una gracia de un precio infinito; es un beneficio que jamás agradeceremos como él se merece.

La Iglesia católica toda ella es obra sobrenatural, toda es obra de pura y santa gracia. Obra de gracia fué la elevación de nuestros primeros padres, Adán y Eva, al orden sobrenatural; elevación íntimamente relacionada con la Iglesia, puesto que Jesucristo vino á devolvernos con sobreabundancia lo que por el pecado de Adán habíamos perdido. Obra de gracia, aunque en cierto sentido se llame de justicia, es la selección, vocación, ordenamiento y delicada providencia del pueblo Hebreo, que es como la antesala y el preludio ó preparación de la Iglesia de Jesucristo.

Obra, y obra soberana y esplendente de gracia, es la venida del divino Verbo á redimir al mundo de la servidumbre del pecado y del demonio. Obra de gracia es la vida entera de nuestro Redentor Jesús, desde su Encarnación hasta su muerte. De Él se dice en el Santo Evangelio que estaba lleno de gracia y de verdad, y esta verdad y esta gracia brillaban en todas sus obras, y manaban de su augusta persona en abundantes raudales; porque de Él cantan los Evangelistas que salía virtud que curaba á todos, y que la verdad que Él nos enseñaba, nos haría á todos santamente libres, porque libres son en realidad aquellos á quienes libra el Hijo de Dios.

Obra de gracia fueron sus innumerables milagros y portentos con que iluminó á tantos ciegos del alma y sanó á tantos enfer-



mos del cuerpo; obra de gracia su tierna é inefable doctrina, que no tiene semejante sobre la tierra, por lo cual hay que confesar que es doctrina del cielo.

Obra de gracia es la fundación de la Iglesia, con todas las propiedades de una sociedad perfecta y divina; con una autoridad suprema é independiente, con una duración interminable, con un magisterio infalible en sus enseñanzas sobre la fe y las costumbres, y con sus santos Sacramentos, que son canales de la divina gracia con la cual y por los cuales podemos renacer á la vida sobrenatural, crecer y perfeccionarnos en ella, y conseguir, si perseveramos, la vida inefable de la gloria.

Por eso la Iglesia Católica es una sociedad que no tiene igual ni siquiera semejante sobre la tierra. Su autor es Dios. su organización perfectísima, sus medios de vida son divinos, su destino el más digno y levantado que es dable concebir.

En ella los grandes mandan con dulzura, los pequeños obedecen con sincera fidelidad; los sabios enseñan por amor, los ignorantes aprenden con agradecimiento; los Señores tienen á dicha llamarse siervos, y los siervos pueden, sin ambición, pasar á ser señores.

En ella reina, por decirlo de una vez, la virtud de la caridad; única capaz de hacer que los hombres amen á Cristo, y amen á sus semejantes por amor de Cristo; y siendo Jesucristo nuestro hermano, á la par que nuestro Dios, todos somos hermanos en Jesucristo, y somos dioses por gracia y por adopción, como lo es Él por naturaleza. De aquí nace que la dignidad del cristiano es inmensamente mayor que otra cualquiera humana dignidad.

Grande cosa parece ser sabio, pero si no es cristiano, poco le valdrá su ciencia. No parece pequeña cosa el ser rico, pero, si no es cristiano, nada conservará de sus riquezas cuando duerma su sueño, el sueño de la muerte. Gloriosa cosa parece el ser príncipe, rey, emperador, presidente de la república y otros cargos por esta semejanza, pero, si no son cristianos, su elevada posición sólo les servirá para acarrearles mayores tormentos en el día de la cuenta final, porque escrito está que *los poderosos poderosamente serán atormentados*.

Con cuánta razón dijo el Príncipe de los Apóstoles, San Pedro: «Ninguno de vosotros padezca por homicidio, ó por



ladrón, ó por maldiciente. Però si padece por ser cristiano, no se avergüence; antes bien, glorifique á Dios en este nombre. Porque, si os llenan de improperios en nombre de Cristo, seréis bienaventurados, porque descende sobre vosotros todo el honor, y la gloria y la virtud de Dios, y el que es espíritu de Él» (1).

En verdad, que no hay por qué avergonzarse de ser cristiano; antes es el timbre que hemós de ostentar y confesar con mayor y más santo orgullo. Ser cristiano es estar colocado á una altura inmensa y envidiable sobre todas las grandezas de la tierra; es ser príncipe de la gloria y compañero de los ángeles; es ser rey, señor y soberano del universo; porque Rey, Señor y Soberano indiscutible es Cristo Jesús, del cual todo cristiano es hermano, compañero y amigo.

Por eso el cristiano participa de todo el esplendor y grandeza y dignidad de que está adornado su hermano primogénito y su cabeza, Cristo Redentor del mundo, Rey de reyes, Soberano del universo y Señor de todo lo creado.

Nadie, pues, se avergüence del nombre excélsio de cristiano. Si le preguntan qué es en materia de religión, confiese con la frente muy levantada que es cristiano, y que lo será hasta la muerte, y aun después de la muerte. Y confiese que lo es por la virtud de la gracia, ó por un don gratuito del cielo.

Però esa gracia, decimos, y decimos bien, que *es de Nuestro Señor Jesucristo*. ¡Sí! Jesucristo es el autor de la gracia; es el centro en el cual convergen todas las miradas del Altísimo; de su Eterno Padre, en la gran obra de la salvación de la humanidad. Todo lo que Dios ha hecho en la ley antigua tuvo por fin preparar la venida de su divino Hijo al mundo, y todo lo que después se realizó y se realizará hasta lo último de los tiempos, mana de Jesucristo Crucificado como de única, però abundantísima fuente. La gracia y la verdad han sido hechas, es decir, bajadas del cielo, en expresión del Apóstol, por los méritos de Jesucristo.

Por eso, pues, el ser cristiano, que es una de las más encarecidas gracias que pudiéramos de Dios recibir, es obra de nuestro adorable Redentor Jesús, porque, si Él no fuera, no habría Iglesia cristiana, ni habría el santo Bautismo, por el cual entramos en ella y nos sellan con el indeleble carácter de cristianos, ni habría los demás Sacramentos, ni ministros del santuario, ni

(1) 1.<sup>a</sup> Petr., 4. 14 sgt.



apóstoles de la fe, ni gracia alguna por la cual nos pudiéramos santificar; pues Cristo es nuestro único Santificador y nuestro único Salvador. De modo que Dios no envía ni una gota de su gracia sino es por medio de su bendito Hijo, Redentor nuestro.

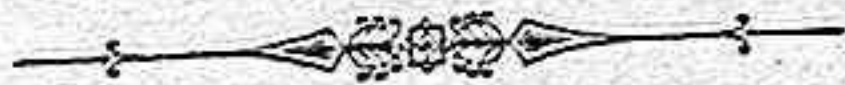
—  
 ¡Cuánto debemos agradecer á Dios y venerar en nosotros el santo carácter de cristianos! Además de los beneficios generales y comunes de la Redención que debemos á Cristo Jesús, ¡quién es capaz de ponderar las gracias que para llegar á ser cristianos nos ha ido preparando la amorosa Providencia del Hijo de Dios! ¿Por qué hemos nacido de padres cristianos? Por gracia de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Por qué en el seno de la Iglesia católica? Por gracia de Jesucristo. ¿Por qué en pueblo donde hay templos, sacerdotes, sacrificios, sacramentos y otros medios de recibir, conservar y aumentar la fe, la gracia y demás dones de lo alto? Por Nuestro Señor Jesucristo.

¿Por qué, habiendo nacido en medio de tantos instrumentos de salvación no nos morimos antes de recibir el Bautismo? Por Nuestro Señor Jesucristo, y sólo por Nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh cuánto nos ama Jesús! ¿Habrá alguno tan insensato que se avergüence de ser cristiano? ¡No lo permita el cielo!

¡Cuántos infelices nacen, viven y mueren sin vislumbrar siquiera la existencia del Redentor y la grandeza de la fe que Él vino á enseñar á los hombres!

¡Cuántos en medio del cristianismo nacen y mueren sin tener la gracia de hacerse cristianos por medio del Bautismo! Es pues, el ser cristiano, una inapreciable gracia, y gracia debida únicamente á Nuestro Señor Jesucristo.

Confesemos con franco valor que somos cristianos, y alabemos por ello á nuestro divino Redentor.



## Reflexiones sobre el Evangelio.

### Dominica IV después de Epifanía.

Refiere el Evangelista S. Mateo (cap. VIII, v. 23 y sig.) que habiéndose embarcado Jesús, le siguieron sus discípulos; pero he aquí que se levantó en el mar una gran tormenta, tal, que la



barca era cubierta por las olas. Llenos de zozobra; pues, y atemorizados los discípulos, acércanse á Jesús, que dormía, y le despiertan, diciendo: *Sálvanos, Señor, que perecemos.* Y el Señor les responde: *¿Por qué teméis, hombres de poca fe?* Pero, al mismo tiempo, con la majestad que corresponde á Aquel de quien dependen las criaturas todas, *mandó á los vientos y al mar, y al punto hubo gran bonanza.*

Esta barquilla, según el común sentir de los Santos Padres y escritores eclesiásticos, es figura é imagen de la Iglesia católica; las olas que se levantan en su rededor representan las luchas que en todo tiempo y contra toda suerte de enemigos ha tenido que sostener la Iglesia; y en la vacilación y zozobra que se apoderó de los discípulos, se hallan como retratadas la inconstancia, la vacilación y el miedo que tienen gran parte de los católicos de nuestros días.

Son muchos hoy los que creen que ha sonado ya en el reloj de la Providencia divina la hora que marca el fin de la Iglesia. Ven nuestros dogmas escarnecidos por los que á sí mismos se dan el nombre de *intelectuales*; ven la disciplina y preceptos eclesiásticos burlados por muchos que dicen ser sinceros católicos; ven á la Iglesia empobrecida por Gobiernos que, arrebatándole sus bienes, pretendieron envilecerla; ven consumado el sacrílego despojo del patrimonio de la Santa Sede; ven que la Iglesia, que á fines del siglo XVIII ocupaba aún una gran posición social y era escuchada en los Consejos de Estado, se halla hoy amenazada en todas partes por una legislación saturada de espíritu completamente hostil á la misma; ven, en una palabra, cómo se conjuran contra ella todos sus enemigos, y vacilan y temen no pueda esa navecilla sortear tantos escollos como encuentra en su camino.

Bien podemos, pues, repetirles lo que el Señor dijo á sus discípulos: *¿Por qué teméis, hombres de poca fe?*

—¿Que la Iglesia está muy combatida y cuenta con muchos enemigos en nuestros días?—Ciertamente; pero ¿cuándo no los ha tenido? Desde las persecuciones sangrientas de los tres primeros siglos hasta las últimas matanzas de cristianos verificadas en China; desde Celso y los Neoplatónicos hasta Voltaire y los Enciclopedistas; desde las primeras herejías hasta los *Católicos viejos* y *Americanistas*; desde Enrique IV en Canosa hasta Na-



poleón I en Santa Elena, la Iglesia ha sido vista obligada á combatir contra toda suerte de enemigos, pero ha logrado también contar el número de sus victorias por el de sus luchas y combates; y, como si éstos fueran para ella nuevos baños de vida, ha salido cada vez más remozada, más viril y más fuerte; y es que, como leemos en el Evangelio de hoy, *manda el Señor á los vientos y al mar, y á la tempestad sucede gran bonanza.*

Los que, atendiendo á las luchas y persecuciones que se mueven hoy contra la Iglesia, temen y vacilan en su fe, no consideran que esas persecuciones y luchas son precisamente motivo fundadísimo para que todos nos arraiguemos más y más en la misma.

¿No fué Cristo nuestro Señor, quien, al fundar su Iglesia sobre San Pedro, le dijo que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella, ó lo que es igual, que la Iglesia sería muy combatida, que encontraría muchos obstáculos en su camino, que tendría que luchar continuamente, que las puertas del infierno se levantarían contra ella? ¿Por qué, pues, temer, dudar y vacilar precisamente cuando vemos que se realiza semejante profecía?

El no verse perseguidos, la relativa paz de que gozan los protestantes (1), es lo que más debiera alarmarles y ponerles en guardia respecto á la verdad de sus doctrinas religiosas. Porque, si Jesús profetizó que su Iglesia sería perseguida, la que vive en paz, indudablemente, no será la verdadera Iglesia de Cristo.

Pero, aun cuando no hubiera semejante profecía, la misma razón nos demuestra que la verdadera Iglesia necesariamente debe ser combatida y perseguida. Porque, si es verdadera, tendrá que profesar una moral pura, completamente opuesta á nuestras pasiones; si es verdadera, tendrá que admitir misterios, puesto que, ó Dios no es Dios, ó si lo es, habrá siempre en Él verdades incomprensibles, misteriosas para el entendimiento humano, ya

---

(1) Decimos que los protestantes gozan de paz solamente relativa porque, alguna vez, gobiernos, políticamente ateos, á fin de no distinguirse en favor de religión alguna, las tratan todas de la misma suerte. No obstante, es indudable que lo que se proponen con sus persecuciones es destruir únicamente la Religión católica, sin preocuparse poco ni mucho de las otras. Así lo confiesa el mismo Draper, autor de los célebres *Conflictos entre la ciencia y la fe*, cuando en el prólogo dice: «Al hablar de la cristiandad me refiero únicamente á la Iglesia romana». Y es natural, después de todo. ¿Para qué había de referirse á los protestantes y demás sectas cristianas disidentes si, como religiones, son todas ellas verdaderos cadáveres?



que si Dios existe, debe ser infinitamente perfecto, y por consiguiente, incomparablemente mayor que el hombre, colocado, como si dijéramos, á una distancia infinita de la débil razón humana.

Y bien: ¿puede carecer de numerosos enemigos y no ser combatida una religión que admita el misterio y esté en pugna con nuestras propias pasiones? Sólo entonces podría vivir en paz la religión verdadera. Sólo entonces podríamos alarmarnos y temer al ver las persecuciones que sufre y ha sufrido en todo tiempo la Iglesia católica.

---

## Explicación de las Virtudes.

---

(Conclusión).

Mas puede ocurrir que un alma vaya por el mismo camino ó vía que otra, y no por esto hemos de decir que ambas participan de las mismas virtudes en igual grado; porque así como es posible que suceda que dos viajeros se dirijan por el mismo camino á una ciudad, pero uno detrás del otro, por lo que éste llegará antes que aquél al término, si caminan al mismo paso, también puede acontecer, aun más, es cierto, que algunas almas pertenezcan al mismo estado, ya de principiantes, ya de proficientes o de perfectos, y esto no impide que las virtudes sean más ó menos sólidas en almas del mismo estado. Tampoco es extraño que espíritus proficientes empleen más tiempo en llegar á la vía unitiva que otros siendo principiantes; pues esto depende de la virilidad de que esté revestido el espíritu para obedecer á las inspiraciones de Dios y caminar con presteza ó lentitud por la senda que se les ha trazado. Como también puede suceder que un mismo espíritu, en determinadas circunstancias, sea incluido entre los de un estado, al que habitualmente no pertenezca.

Todas las vicisitudes de las almas en el camino de la perfección son desconocidas por los hombres. Solamente Dios, que lleva los espíritus por caminos diversos, es el conocedor de la marcha de un alma por las sendas de la vida espiritual. La razón es clara, porque siendo distintas las almas en cuanto á sus inclinaciones y en cuanto á la intensidad de las mismas tendencias, al mismo tiempo que varían por las múltiples circunstancias en que puedan moverse, y no pudiendo nosotros llegar al conocimiento de tales inclinaciones, intensidad y circunstancias, es lógico que tampoco podremos determinar el camino que ha de recorrer hasta el término de su peregrinación por este mundo. Además, el hombre es



libre por naturaleza, con libertad física, y no tenemos ciencia de los futuros libres, sin revelación de Dios.

Lo que sí sabemos es que el alma siempre debe ir avanzando de frente por los caminos que el Señor le depare; pero que no vuelva la cabeza, porque entonces le podrá suceder lo que á la mujer de Lot, y esto aunque haya escalado la cumbre del estado de los perfectos. «Este camino (de la perfección), dice el venerable P. Alonso Rodríguez (1), es tan agua arriba y tan dificultoso á nuestra naturaleza, estragada por el pecado, que el que no trabaja y se esfuerza por ir adelante, será llevado río abajo de la corriente de sus pasiones, como el que navega contra marea y agua arriba, en dejando de bracear y remar por ir adelante, se halla muy atrás: *El reino de los cielos padece fuerza, y los esforzados son los que le arrebatan* (2). Es menester ir siempre braceando y forcejeando contra la corriente de nuestras pasiones, y si no, luego nos hallaremos muy desmedrados y desaprovechados». Es sentencia común de los Santos «que, en el camino de la perfección, el no ir adelante es volver atrás».

Se lee en el libro de Job (3) que el hombre nunca permanece en el mismo estado. Por consiguiente, ha de caminar hacia atrás ó hacia adelante, porque la vida es movimiento. Un labrador que ve los campos sin cultivar, y deja el arado y se sienta á la sombra, durmiéndose tranquilamente, jamás podrá recoger los frutos en el tiempo de la recolección. ¿Cómo vamos nosotros á recoger los frutos de vida eterna, si nos dormimos en el tiempo de la siembra de actos meritorios? ¿Cómo vamos á servir al Rey si no trabajamos? ¿Cómo vamos á ser antorchas luminosas, si no nos alimentamos con el aceite de las buenas obras? Es necesario ir siempre avanzando.

---

## CUENTO

---

### Zapatero, á tus zapatos.

¿Ustedes saben lo que es un mozo *cruo*?

Pues un mozo *cruo* es lo que yo era hace quince años: un barbián con dos pelos de bigote, más flamenco (yo, no el bigote) que «El Tato», con un poco de humo en la cabeza, un tanto de buen humor y un mucho de poca vergüenza. Sobre todas mis cualidades se destacaba el saber. ¡Cuánto sabía! Más que Merlin. Como que antes de salir la sota la había yo visto sobre el tapete verde. Mis camaradas me conocían por «El Curro», porque era

---

(1) Ejercicio de perfección y virtudes cristianas, tom. I, c. VI.

(2) San Mateo, XI-12.

(3) Job, c. XIV, v. 2.



todo lo *majo* que desearse podía. Cualquiera me tomara por andaluz, con perdón sea dicho.

Y es el caso que aquella noche tallaba el espiritual y candoroso Juanito Velarde. Cosa rara; pues sacándolo de comulgar los primeros viernes y asistir á la conferencia, maldito si para otro menester servía.

—Adiós, monjita. ¿Cómo te ha dejado tu director espiritual enroscarte á la serpiente?

Juanito me miró con ojos indefinibles.

—Pues obras mal. Mañana, ó mejor dicho, hoy, puesto que dió la una, es la Comunión general, y te vas á dormir en la fiesta.

Juanito seguía tallando.

—Así son todas las beatas, señores: mucho jubileo, muchas cuarenta horas, y á la noche ¡viva la Pepa! ¡Cuándo acabará de una vez esa turba de vagos inmorales que nos deshonra á la faz de todo el mundo polilla de la nación y engañadores de las conciencias, mercachifles de la piedad, hipócritas negociantes de los caminos del cielo!

Al terminar este párrafo tosí, escupí por un colmillo y miré á mi alrededor, como si hubiera dicho algo.

—De que yo sea un criminal no se deduce que tú no seas un infame calumniador, más ignorante que atrevido.

—¡Olé ya por los chicos de rumbos! ¡Que se repita!

Y viendo yo que no me contestaba seguí impertérrito.

—Supongo que mi ignorancia datará del tiempo que me codeé con tus amigos los curas, que no á otra cosa pueden enseñar sino á seguir una doctrina en que no creen, y á cobrar buenas perras por hablar en nombre del Dios que venden.

Con mucha calma empujó á los billetes que tenía delante, y el cándido Juanito me dijo al oído muy bajo y con mucho retintín:—Bruto, animal, ignorante, ven.

Confieso, señores, que en mi vida me ha subyugado tanto la voz de un hombre. Lo menos que yo hubiera hecho en otra ocasión, hubiera sido darle un puntapié que, lanzándolo al espacio, no caería hasta el día del juicio. Pero me contuve, sin saber cómo, y lo seguí sin saber á dónde.

—¿Ves esa casa?

—Sí.

—Un convento de Carmelitas. Aquella monja tiene 25 años; sus padres gozan de una fortuna de 25 millones. Es hija única, bella como la aurora y simpática como el primer sí del amor. Acaba de tomar disciplina para que su impío y libertino padre se convierta. Las demás piden al cielo perdón por los que, sin conocerlas, las persiguen.

—No te entiendo, Juanito!

—¿Qué es aquello?

—No sé.



—Otra cueva de vagos, entra. Aquel es Roegthen, el inventor de los rayos X; aquel, Pasteur; el otro, Secchi. Pregunta á las nebulosas quién les escribió la partida de Bautismo. Aquel fraile dijo la primera palabra sobre la locomotora.

—Vámonos al casino.

—Luego iremos. Ahora penetra conmigo en ese caserón viejo. Mira cuánta viruela, cuánto tifus, cuánta tisis. A su lado un fraile, una monja. Allí un obrero sin camisa. Lo está vistiendo un discípulo del Crucifijado.

—Déjame, hombre.

—¿Ves el campo?

—No.

—Claro, es de noche. Para ti siempre lo es. Antes aquello eran montes incultos. Hoy da trigo abundante. ¿Ves aquellas Catedrales, aquellos lienzos divinos? No son obra tuya. Aquel viejo con gafas estudia unos manuscritos. Es un ignorante, porque su teatro es el primero del mundo. Todos aquellos que allí ves no supieron otra cosa sino poner á España á la cabeza de la civilización. ¿Ves aquello?

—No.

—Tú no ves nada y hablas sin ver. ¡Necio! Allí hay un tapete verde. A su alrededor no hay ningún cura, y si lo hubiera tendría que quitarse la sotana. Aquello es Sierra Morena. ¡Cuánto bandido! Todos amigos tuyos. Este es el presidio. Todos están encerrados porque no practicaron las enseñanzas de los curas. Entre mos aquí, que es tu casa favorita. Mira cuánta mujer hermosa. Son prostitutas. Aquí estás en tu centro. Ni tú ni ellas seguís el Catecismo. ¿Qué hay más allá?

—Nada.

—Mentira. Allí hay ruinas. Es lo que sabéis hacer: destruir. ¡Bárbaros! Habéis subido un poco apoyándoos en nuestros hombros, y porque estáis altos creéis que es obra vuestra. ¡Ignorantes! El día que quitéis el pedestal dais un porretazo borrical y os rompéis esa cabeza de calabaza que no piensa más que majaderías.

Y siguió Juanito enseñándome obras de vida, obras de progreso, obras de amor, todas fruto de lo que llaman oscurantismo, y obras de muerte, de revolución, de ruinas, hijas todas del libertinaje.

Una racha de viento frío oreó mi cabeza.

Era de mañana, y al llegar á casa mi madre volvía de co- mulgar.

Lloraba y le pregunté por qué.

—Por ti, respondió; porque abras los ojos y veas, y por Juanito también, para que practique lo que cree.

Hoy soy malo todavía, pero no tan ignorante, porque he aprendido que la mayor parte de los hombres hablan de lo que no entienden.



No faltan zapaterías de viejo en que se resuelven las cuestiones más difíciles sobre los dogmas de la Religión.

El que más y el que menos ignora el Catecismo.

¿Cuándo se convencerán de que vale más hacer zapatos que desbarrar bárbaramente?

¡Zapatero, á tus zapatos!



## Liturgia.

### AÑO ECLESIASTICO

Expuesto en el anterior artículo el pensamiento que ha de servirnos de guía en los diversos asuntos que han de tratarse en esta Sección Litúrgica, únicamente resta fijar plan acertado y metódico para el desarrollo de tantas y tan provechosas enseñanzas, como para nuestra alma contiene la sagrada ciencia de la Liturgia. Pensado estaba muy detenidamente el que habíamos de seguir, y de utilidad, á nuestro humilde juicio, para los lectores de la Revista: pero, lo confesamos con ingenuidad, fué grande la extrañeza al par que contento experimentados; cuando, sin tener noticia alguna del orden seguido en el Catecismo publicado en Roma para las diócesis de Italia, y que, para las de España está traduciendo el R. P. Villada, de la Compañía de Jesús, con el beneplácito de Su Santidad, hemos coincidido al empezar estos trabajos por la exposición de las grandes verdades y enseñanzas que contiene el año litúrgico ó cristiano, como lo hace dicho catecismo, en la instrucción que en él dedica á las festividades del Señor, de la Santísima Virgen y de todos los Santos, según hemos podido apreciar en el ejemplar italiano recibido hace unos días.

Antes de empezar á desarrollar histórica y simbólicamente lo que á cada uno de los tiempos que componen el año litúrgico se refiere, creemos conveniente y de necesidad indicar qué es lo que se significa con el año litúrgico, como se divide, y la gran utilidad que reporta para nuestras almas la consideración de las verdades en él contenidas.

AÑO LITÚRGICO Ó ECLESIASTICO. Dogma es de fe para todos los cristianos, la venida de Nuestro Señor Jesucristo á este mundo en carne mortal para lavar con su preciosa Sangre la ofensa infinita que el hombre pecador había inferido á su Eterno Padre, abriéndole de esta manera la puerta del reino celestial que tenía merecidamente cerrada, y quedando Dios superabundantemente satisfecho por los pecados de todo el mundo. Pero el amor infinito de Jesús para con nosotros no se saciaba completamente, si, á más de rescatarnos de la esclavitud en que yacíamos por el pecado, no



nos enseñaba con su ejemplo y doctrina el camino ó derrotero que habíamos de seguir, para hacernos dignos de tan sublime é imponderable precio. De aquí que no satisfecho con lo que hizo, convierte á algunos de sus discípulos en fieles narradores de los principales hechos de su vida, ya que de todos era imposible, para que sirvieran de útil enseñanza á las generaciones que no habían tenido la dicha de contemplarle y verle; siendo el libro que encierra doctrina tan excelente, sencilla y provechosa el llamado Santo Evangelio.

La Iglesia católica, fundada por Jesucristo para continuar sobre la tierra la gran obra de la Redención que Él incoó haciéndose hombre por nosotros, ha creído que nada más provechoso sería para el perfeccionamiento espiritual de los fieles confiados á su maternal solicitud, que el proponerles, durante el año, en los diversos oficios y festividades que celebra, la vida de su divino Fundador, la constitución de su reinado y continua asistencia del Espíritu Santo que le dirige; ordenando de tal manera á este objeto el santo Evangelio, compendio de toda la doctrina de Jesús, que bien podemos decir forma un verdadero *Calendario místico*, en lo que precisamente consiste el Año litúrgico ó eclesiástico.

Bien hubiera podido nuestra solícita Madre la Iglesia, al enlazar esta serie de hechos llevados á cabo por Jesús, y que constituyen, como hemos dicho, el Año litúrgico, empezar á contar éste, ó desde el día de la Natividad de nuestro adorable Redentor, ó desde el de su Encarnación en las purísimas entrañas de la Virgen Santísima, ó desde el día de la Circuncisión, 1.º de Enero, en que actualmente comienza también el año civil, y de cuyas fechas usa respectivamente en la suscripción de los Breves, Bulas y en los trabajos del foro y negocios públicos; pero es tal su sabiduría que resplandece hasta en los más mínimos detalles y la revela de un modo admirable al señalar como comienzo del año eclesiástico el tiempo de Adviento, ó sea el domingo anterior ó posterior, más inmediato á la fiesta de San Andrés Apóstol. Pues toda vez que la Iglesia, al establecer el año litúrgico, había de guiarse por el curso del Sol, que nunca se pone, Cristo Jesús, y en comparación del cual el año solar no es más que una insignificante sombra, es natural que así como el sol de nuestro sistema planetario, antes de aparecer, es precedido de la aurora, preludio de la hermosa luz que ha de iluminarnos, y según va subiendo y marchando por el camino que le ha sido trazado por la Providencia, va esparciendo sus rayos y vivificando los seres de la naturaleza; y aunque camina al ocaso, no es para desaparecer por completo, sino que á las pocas horas aparece de nuevo ante nuestra vista; de igual manera por el año litúrgico asistimos á la aurora ó esperanza del Sol de Justicia, Cristo Jesús, y escuchamos los suspiros y deseos de los Patriarcas y de la humanidad



entera por la venida del Mesías, presenciamos el nacimiento del Deseado de las gentes, vémosle crecer en edad y sabiduría y consideramos los misterios de su vida oculta, contemplamos después su Bautismo, sus ayunos en el desierto, su predicación, sus milagros que dan vida á la naturaleza racional que estaba viciada y corrompida; y asistimos, por último, á su ocaso en esta vida con su pasión y muerte, para verle aparecer después y no ponerse más con su gloriosa Resurrección y Ascensión á los Cielos, en donde no le podremos ver hasta que, después de haber vivido reconciliados con Dios, dejemos de ser peregrinos ó viajeros de este mundo, y nos presentemos al fin de nuestra carrera para ser juzgados por nuestro Salvador.

---

## Noticias generales.

---

El día 19 falleció en Sevilla el Emmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo Cardenal Spínola. Este Prelado de la Iglesia, que trocó el título del Marquesado de Casa Spínola por el traje del clérigo, fué elevado por sus virtudes y ciencia á la Silla del gran Isidoro.

Su muerte es llorada por los pobres de su Diócesis, por sus hijos todos, los sevillanos, y por la Iglesia; pues han perdido á un padre y á un príncipe esclarecido.—R. I. P.

\*\*\* A la *Revista popular*, de Barcelona; á *El Adalid Seráfico*, de Sevilla, y á *La Cruz*, revista religiosa de Madrid, damos las gracias por las frases que respectivamente nos dedican y que nos animan á trabajar en la empresa que esta publicación se ha propuesto.

---

## Santoral.

---

Día 23, Domingo. ✠ S. JULIÁN,  
OBISPO Y PATRÓN DE CUENCA Y SU  
OBISPADO.

Día 29, lunes. S. Francisco de  
Sales.

Día 30, martes. Sta. Martina, v.

Día 31, miércoles. Stos. Pedro  
Nolasco y Marcela.

Día 1.º de Febrero, jueves. San-  
tos Severo é Ignacio, ob. mr.

Día 2, viernes. ✠ LA PURIFI-  
CACIÓN DE NTRA. SEÑORA.

Día 3, sábado. Stos. Blas, ob. y  
Félix, mr.